

# La altura del betún

(Introducción a su estudio).

El betún, propiamente dicho, y tal como lo conocemos por nuestros receptores sensoriales, constituye un producto mineral-graso eminentemente químico, que da brillo. Su historial es reciente, pues ya en forma comercial y como producto químico de una sociedad altamente industrializada, se le conoce posiblemente desde los comienzos del presente siglo. No obstante esto, es indudable que en los principios del XIX, lo cual quiere decir también, que a finales del XVIII, debió existir un producto que si no fuera exactamente igual al que hoy usamos en los quehaceres domésticos, pudo parecerse mucho, aunque los científicos han debido dudar de las cualidades y hasta de sus componentes. Existe, históricamente, el dato de que a finales del siglo XVIII, y en el transcurso del primer tercio del XIX, algo debieron usar los Mariscales napoleónicos para lustrar sus grandes botas de los uniformes guerreros, tan llenos de colorines, como un "bus" en día de turno, y aquellas charreteras, tricornos, y arrastrantes sables. No existe la menor duda en el campo científico, de que las altas botas no podían ir opacas y llenas de barro, como se ponen las llantas de un "Mercedes 600" cuyo dueño guste de meterlo en caminos vecinales de tierra colorada. En este trabajo no se ha investigado a fondo la composición de lo que usaban los temibles generales de la época napoleónica, para presentarse en los salones con todo el brillo del Imperio, y con ello queremos abarcar no solamente a los grandes del Corso, como Ney, Murat, Dupont, Grouchy, sino, también, a los que se les enfrentaban, como Wellington, Blücher, Castaños, Federico de Prusia, etc. etc. Es innegable que en aquellos tiempos, el producto para lustrar las botas de los Mariscales y Reyes de los reinos napoleónicos, tuvo una alta demanda. No ha sido posible a la ciencia determinar si el nombre de ese producto fue el corriente, municipal y pedestre de ahora: betún.

La primera característica controversial que nos cierra el paso, es el hecho de que el betún, que original y determinadamente ha sido creado para dar brillo, da brillo, como en realidad se presupone, pero a la pieza del atuendo humano que está más próxima al suelo, al santo, duro y adorable suelo. A esa parte del planeta que tanto añoramos cuando el "jet" comienza a moverse más de lo que conviene a nuestro esforzado ánimo. De manera que no es necesario ser muy listos, para sentar la primera "lucha de contrarios", mediante el método hegeliano, lucha que registra en su existencia ese producto manufacturado y de absorbente demanda, el ya tantas veces citado betún. No cabe la menor duda de que, si bien, por un principio de su creación, el móvil que le dio vida encierra una alta alcurnia, "dar brillo"; por otro lado, y visto desde distinto punto de vista, a pesar de su noble y elevado fin, éste lo realiza inevitablemente, a rás del suelo.

Es en este momento, en que el estudio de "la altura del betún", constituye uno de los enigmas del siglo.

Sería muy posible que se hubiera llegado al día del Juicio Final, sin que nadie se amoscara ni moviera una oreja para poner en claro el misterio del asunto, que tanto ahora nos preocupa, pero lo cierto del caso, si recorremos los hechos cronológicos ocurridos, es que en un país de cuyo nombre a veces no



José  
Marín  
Cañas

quisiéramos acordarnos, "se presentó tal querella, que salió el betún a relucir en ella". (Y esto lo decimos, como una demostración de nuestras precarias condiciones poéticas, que hemos mantenido, modestamente en reserva, —por espacio de más de medio siglo—).

Fue en un país, sobre el que nunca corrieron los vientos de desgracia; no sopló el "terral" que traía roca pulverizada, u olor a azufre; no llovieron lágrimas, ni se hincharon los ríos con los quejidos de los habitantes, ni con las boñigas de las vacas. Era un país de heliotropos y agapantos, de montañas moradas y cielos verdes, de estrellas de oro y cubiertos de plata. Las mujeres parecían arcángeles de mini, que tenían alas desmontables. Los hombres poseían bellísimas hamacas, amarradas en troncos de sicomoro, importados de la India. Y en el centro del país, en un Palacio de un Rey hūeter, que fue fastuoso, bebedor de chicha y más profundo que Salomón, se reunía un cónclave de los más sabios de la comunidad. Los más sabios, eran los que sabían de memoria la tabla del 7.

Nadie los contó nunca, porque nunca llegaban todos, y no se supo nunca, si eran 55 u 800, pero el asunto se puso al hierro frío cuando el cónclave decidió adquirir una hamaca portátil, que les saliera libre de alcábalas, diezmos y primicias. Era burlar a la Inquisición, como quien burla a una monjita o se pone a leer la Biblia al revés.

La plebe —esclavos, galeotes, cargadores de muelles, calafateadores de barcos, pescadores de río, ladrones de guineos, cobradores de cuentas vencidas, corredores de ciclismo, vendedores de pejiabayes calientes, comerciantes de carne asada en los turnos, ordeñadores y arreadores de ganado vacuno; mata-rifes del porcino y amaestradores del caballo, se reunieron un día. Desde hacía dos siglos no lo habían hecho. La última vez, fue cuando caminaron por los montes guiados por la estrella, sobre las pisadas de dos camellos y las de cuatro patas de un caballo con herraduras de oro real.

Y cuando se reunieron, hubo uno que habló en esperanto, y al que nadie lo entendió. Hubo después otro, que alzó el brazo e hizo una seña, a que todos comprendieron. Y después de hacer la seña, parecía que se habían puesto de acuerdo. Pero lo extraordinario, fue que se pusieron de acuerdo en contra de la adquisición por los sabios de una hamaca portátil y móvil, que no pagaría diezmos, alcábalas ni primicias, cuando ellos, todos ellos, desde siglos, los venían pagando, hasta tal punto que ya estaban con las jetas pegadas a la tierra. A la durísima tierra, sobre la que caminaban, como mariposas, las vecinas que eran arcángeles con alas demostrables; sobre la durísima tierra que daba agapantos y heliotropos, que no olía a azufre, ni a salitre, ni a orines, como el María Aguilar, ni a lo que huele el Torres. Y estaban con las jetas pegadas al duro suelo, porque ya no daba el zurrón para

tanto. Y como se pusieron de acuerdo en que era mucho el que tuvieran hamaca entre dos sicomoros importados de la India; pero que otra hamaca, aunque no fuera entre sicomoros, sino con motores diesel, ya era inaceptable. Y por eso, la seña despertó un gran regocijo de todos. Así como cuando se anunció al tercer día que había resucitado aquél al que habían clavado en la cruz.

Un derviche que tenía un negocio de vender botones de concha de cinco huecos, boquillas con filtro, un aceite para quitar el sarpuellido y una pócima para curar a "caradepalo", en las tardes, cuando el negocio decaía, se sentaba con las piernas cruzadas como en una portada de libro de "Yoga" y cantaba "Vereda Tropical", traducida la letra al hindú. La gente lo respetaba mucho, porque no pedía limosna, y además, creía que lo que cantaba era, como en la iglesia, puro latín.

Y como de su sabiduría se hablaba desde tres siglos atrás, fueron a preguntarle si "la altura del betún" era "cosa buena" o barruntaba desprecio y vergüenza.

El derviche no contestó porque estaba despiojándose. cosa que hacía día por medio, menos los sábados, que los dedicaba a echarse una manita de "poker" con el único superviviente de la guerra del 56, que el miércoles próximo cumplía el siglo y medio, y se sentía ya algo viejo.

Dos días después, volvieron. Entonces el derviche dijo poco, pero "cosa buena":

—"Hemos vivido "El tiempo de la pena". Hay "tiempo de pena", como lo hay de desvergüenza. Estamos apenados. Estamos apenados de saber que entre los sabios que memorizó en la tabla del 7, no hubo arriba de cuatro que se dieran cuenta de lo que es "la altura del betún".

Ya no dijo más, pero al cabo de un rato de meditación, como si hablara consigo mismo, se le oyó musitar: "El Negus Ce-lhaya, que pasó por aquí hace dos siglos y venía del Oriente, dijo: "En este bello país, lo que urge es que los sabios bajen un grado. Así se arreglan todos los engorros". Y como los que oían mostraban asombro e incredulidad, puso dos ejemplos: "Es como que el Ministro sea Oficial mayor, y al soldado raso, lo hagan portaviandas".

Un profundo estupor cundió por los presentes al oír esta parábola ininteligible. Y diéronse a sacar cábalas, unos y los otros.

El derviche no dijo nada más porque, aunque no le tocaba ese día, se puso de nuevo a despiojarse.